

EDITORIAL

EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA

La aplicación de la mente humana al conocimiento de sí misma y a la búsqueda del cómo y del porqué de su existencia, constituye una inquietud trascendental del hombre, que ha intentado definirse en términos de ser pensante, caracterizar la esencia de la vida como función cognitiva y llevar el intelecto al rasgo de don divino.

En el orden filosófico y psicológico las elucubraciones en torno a la mente humana tienen ya una historia, mientras que el acercamiento biológico a sus funciones, a nivel submolecular, molecular y celular, sólo ha sido posible recientemente y se encuentra en una etapa primitiva.

Es posible que la integración de los dos mundos, el psicológico y el biológico pueda llegar a establecerse en el estudio del intelecto humano; sin embargo los conocimientos son por ahora tan fragmentarios, cubren terrenos tan diversos, se manejan conceptos y experiencias tan disímiles y nuestras estrategias experimentales son tan crudas, comparativamente con la grandeza y complejidad del problema, que solamente podrá obtenerse el traslado de términos psicológicos abstractos a realidades fisiológicas, a través del estudio de una variedad de disciplinas y técnicas cada una con virtudes y limitaciones propias.

Los que asumen que es correcta la teoría mecanística de la vida y del comportamiento, y que el hombre no es más que la máquina fisiológica más notable que ha sido nunca construida, estiman que es obvio que algún día podría explicarse completamente su comportamiento a través de la bioquímica y de la biofísica y que éstas serían las verdaderas ciencias del comportamiento, mientras que disciplinas y técnicas como psicología, sociología y psicoanálisis, constituirían solamente conocimientos derivados, empíricos y descriptivos. Enfrente de quienes tal cosa suponen, están los intentos para considerar la mente como algo aparte del sistema nervioso, una entidad en sí misma mejor estudiada sin las complejidades del conocimiento fisiológico. Jung ha dicho que "no hay bases para considerar la psiquis como un mero epifenómeno aunque esté asociada con la función

cerebral, de la misma manera como no puede concebirse la vida como un epifenómeno de la química del carbón”.

Cuando se define la inteligencia como “el agregado o capacidad global del individuo para actuar con un propósito, pensar racionalmente y manejar efectivamente su ambiente” o cuando se habla de conocimiento como “lo que lo que acontece en la experiencia cuando un organismo humano o animal encuentra, reconoce y soluciona un problema”, se están expresando conceptos con un enfoque totalmente diferente que cuando se estiman los aspectos de la organización cerebral en cuanto a información, almacenamiento y recuerdo en términos electrofísicos, a pesar de que ambas búsquedas conciernen a un terreno común. Mientras que el psicólogo se interesa en las condiciones externas que hacen fácil o difícil recordar, el biólogo trata de identificar qué cambios sufre el organismo cuando alguien aprende.

Hay investigadores que asumen que mente y cerebro son equivalentes, pero aún para ellos escapa la definición de la estructura o del funcionamiento del intelecto. También la psicología, no obstante el manejo de una variedad de metodologías ingeniosas, tropieza con problemas conceptuales en cualquier intento monolítico para describir o cercar la totalidad del conocimiento intelectual.

El desarrollo intelectual no nos concierne sólo como materia abstracta, sino como realidad clínica. Aún desconociendo la naturaleza y funcionamiento del intelecto y siendo incapaces de expresar lo que es, por medio de palabras, constituyen sus alteraciones, realidades importantes de orden médico. El desarrollo intelectual sin embargo, debe ser algo más que el estudio de la deficiencia mental o la calificación de normalidad o de genio.

Cuando se considera la parte de la vida que destina al hombre, en forma organizada y aún obligatoria, a la adquisición de conocimientos y el hecho de que las sociedades tienden a suprimir el factor limitante económico para poner la “cultura” al alcance de las mayorías, resalta la incomparable importancia que adquiere la capacidad intelectual en el orden social. Estamos contemplando la formación de un estrato formado por individuos de inteligencia superior, adecuadamente preparados y entrando en el mundo utópico de Huxley. Si bien la facultad cognoscitiva no es elemento absoluto para la calificación de la inteligencia en su totalidad, el poder del conocimiento ha revolucionado de tal manera al mundo que no se avisa donde puede llegar el límite de su influencia, entre otros aspectos capitales, en la manipulación del hombre por el hombre. Si el avance tecnológico sigue siendo privilegio de los países “desarrollados”, debe de verse en el futuro la inquietante posibilidad de que, si se llegara al dominio del desarrollo del intelecto, podría existir una privación de medios, peligrosa para las naciones pobres. Este planteamiento, aunque en escala relativamente limitada, ya está vigente.

Por otra parte es extraordinariamente provocativa la posibilidad de poder

influir directamente sobre los elementos determinantes de la inteligencia a su nivel más íntimo, superando la etapa aplicativa de nuevas técnicas de enseñanza y la complementaria de modificación del ambiente.

El hombre requiere el conocimiento mejor de lo que es intelecto y mente, para alcanzar la posibilidad de ampliar las dimensiones de su existencia y dar nacimiento a un nuevo humanismo.

DR. JOAQUÍN A. DE LA TORRE

LA ODONTOLOGIA COMO ESPECIALIDAD DE LA MEDICINA¹

DR. MIGUEL E. BUSTAMANTE²

UNA VEZ MÁS, como ha ocurrido en el pasado, y como sucederá en el futuro, se reforman los programas de la enseñanza de las ciencias médicas con el propósito de que la preparación de los médicos satisfaga las necesidades científicas y sociales del país y de la época.

Entre las ideas aceptadas en todo el mundo para los nuevos programas, están las de que las escuelas y facultades correspondientes deberán orientarse para graduar médicos generales, que la especialización se realizará en cursos de postgraduados y se reconoce que la medicina tiene, además de sus bases científicas y humanísticas, una función social.

Se ha llegado a estos conceptos gradualmente, con cambios importantes en la filosofía y la metodología de la enseñanza; la separación que existió entre la medicina y la cirugía desapareció hace tiempo, así como los procedimientos que alejaron más o menos al médico

de la atención de los partos, de las lesiones óseas y articulares, o de los padecimientos mentales. Estas actividades hoy forman parte del ejercicio profesional y constituyen especialidades médicas en plena evolución; nuevas ramas de la medicina brotan con vigor y la hacen verdadera ciencia de la salud humana.

En contraste con esta evolución, de generalización y de especialización, la enseñanza y el ejercicio de la medicina y la enseñanza y el ejercicio de la odontología, se conservan en un plano de separación formal, aún dentro de la educación universitaria, que no corresponde, a nuestro modo de ver, ni a los adelantos de las ciencias médicas y biológicas, ni a la realidad social en la cual actúan unidos médicos y odontólogos sin problemas individuales. Las opiniones aquí expuestas, de carácter general y personal, son el resultado de observaciones de casos en los que el médico piensa que la odontología es parte de la medicina, sea en los estudios en la Facultad, en la práctica de la medicina curativa o preventiva, o en la ejecución de planes de salud pública.

¹ Trabajo presentado en la sesión ordinaria del 19 de marzo de 1969.

² Académico numerario.